

# No hay problema, Luis

Miguel Aranguren\*

Me sorprende el repentino fallecimiento de Luis Valls Taberner, aunque si hago justa memoria de sus virtudes, no le cabía otra posibilidad que morir sin hacer ruido, en compañía de esa imagen entrañable de la Sagrada Familia que regalaba a quienes apreciaba, para que tuviesen presente a Dios sobre la mesa de trabajo. Porque Luis Valls era la discreción, a pesar de los halagos constantes que recibía, que aceptaba con una sonrisa de medio lado, algo burlona, como queriendo decir: "Hago lo que hay que hacer". Dotaba a su conversación de un toque de misterio y del mutismo de quien prefiere escuchar, por prudencia y caridad, antes de llenar con su voz los ecos de aquella sexta planta del Edificio Beatriz.

Puedo presumir de que fue Luis Valls el que salió a buscarme, cuando yo apenas era un adolescente con afanes literarios, para brindarme su ayuda, un calor que no me faltó hasta que pude volar solo por el farragoso mundo de las letras. Entonces desapareció en silencio, con elegancia, sin alharacas, y volvió a su guarida privilegiada para seguir ayudando a otros jóvenes que sueñan con transformar el mundo a través de las artes.

Digo que salió a buscarme, y no a causa de mis cualidades, por entonces escondidas bajo una más que justificada falta de oficio. Fue mi ilusión adole-

lescente la que le animó a apostar por este pequeño escritor, porque la ilusión ante los retos era la espoleta que encendía los resortes del banquero. Mas nunca ejerció conmigo de mecenas al uso, ya saben: poner dinero para modelar al artista al gusto del que paga, sino que hizo gala de otra de sus virtudes de oro, la inteligencia, dejándome que fuese yo quien fraguara cada uno de mis éxitos y mis fracasos, que de todo se aprende, aportándome, eso sí, el ánimo en una repentina llamada de teléfono o en un café cargado de silencios, de ganas de

escuchar para ofrecerme un consejo, sólo uno, con el que mantener encendida la llama de mi ilusión.

Apenas acababa yo de cumplir los dieciocho cuando *Desde un tren africano* llegaba a los escaparates de las librerías. El trabajo era mío, pero la intuición suya, completamente suya: consiguió que el presidente de un banco de la competencia (José Ángel Sánchez Asiaín) corriera con los gastos de publicar a un autor imberbe que prometía una carrera de fondo en la que aún me encuentro.

Su proximidad en la distancia, la so-

vierno en el que Luis se acercó hasta mi casa. Él era presidente de uno de los bancos más rentables del mundo y yo un veinteañero que naufragaba en la crisis que provoca la dificultad para publicar nuevos textos. Pensé que los hombres de su categoría dedican el poco tiempo libre del que disponen a cazar o navegar. Estaba equivocado: Luis Valls Taberner subió a pie seis pisos para dedicar sus horas de ocio a un joven algo atribulado. Sus silencios me obligaron a sacar afuera cada uno de mis miedos para analizarlos con frialdad y llegar a una conclusión que desde entonces me acompaña: "¿Cuál es el problema? No hay problema".

Podría hablar de la generosidad con la que se sumó a cuantas iniciativas sociales llegué a plantearle, desde el estudiante que necesitaba una beca para formarse como ingeniero en los Estados Unidos y después volver a su país pobre para ejercer un oficio que beneficiara a sus conciudadanos, hasta aquel obispo africano que encontró en Luis Valls una mano amiga. Eso sí, en cada uno de estos casos me exigió que antes buscara otras fuentes de financiación, tal vez para que no olvidara que nos unía la amistad, y no el recurso fácil del dinero de su banco.

Jamás le escuché una palabra de crítica contra nadie, ni siquiera cuando mi curiosidad de escritor me empujaba a preguntarle por quienes la prensa calificaba como sus "enemigos". Se le rasgaban entonces aquellos ojos transparentes y me ofrecía su comprensión ante las debilidades de unos y las injusticias de otros.

Estoy convencido de que si ahora pudiera charlar de la muerte con Luis Valls Taberner, me observaría con aquel gesto algo malicioso y divertido para recordarme, después de un calculado silencio: "No hay problema, Miguel; nos espera una dicha inmensa".

(\*) ESCRITOR



Luis Valls Taberner junto al autor de este artículo.

**Luis Valls no era una estrella en el ámbito de las finanzas; era mi amigo, al que confié mis zonas oscuras**

briedad de sus gestos, su humor fino y aquel corazón inabarcable me obligó a no vanagloriarme de disfrutar de su confianza. Porque Luis Valls no era una estrella en el ámbito de las finanzas; era mi amigo, al que también confié mis zonas oscuras, con la fe ciega que se gana quien siempre muestra interés por tus cosas, a pesar de la objetiva distancia entre mis ocupaciones y las suyas, entre mi poder de influencia y el suyo, aspectos que para él sólo fueron anecdóticos.

No puedo olvidar un sábado de in-